CARMEN GALLARDO

La reina de las lavanderas

El trágico destino de la reina
María Victoria dal Pozzo,
la esposa de Amadeo I
de Saboya

Prólogo
MARTA SANZ

la esfera de los libros

38
La rebelión de las mantillas

penas tres o cuatro días después de la entrada de María Victoria en Madrid, decenas de carruajes estacionaban ante el portón del palacio de Alcañices a la caída del sol, en un casi primaveral atardecer tras uno de los inviernos más crudos de las últimas décadas. La alta sociedad estaba citada en el más suntuoso palacio madrileño tras el Real, con fachadas al paseo del Prado y a la calle de Alcalá, frente a la plaza de la Fuente. Aquella tarde, el palacio, cerrado a cal y canto el día en que el cortejo del rey Amadeo pasaba por delante e igualmente clausurado apenas días antes cuando hizo lo propio la reina María Victoria, brillaba como Versalles.

Las contraventanas abiertas de par en par permitían contemplar desde la calle los destellos de la multitud de arañas que iluminaban los salones, los blasones de la casa colgaban de sus balconadas de piedra que alternaban con las de rejería forjada con motivos heráldicos; incluso brillaba la torre que se levantaba en el vértice del edificio, entre las calles de Alcalá y el Prado; los lacayos, con librea roja y bocamangas bordadas en hilo de oro, abrían las portezuelas de los carruajes de aquellos que acudían al encuentro de la aristocracia madrileña. La invitación la había cursado el duque de Sesto y Alburquerque, también conocido como Pepe Osorio o Pepe Alcañices por el pueblo llano,

un tipo de imagen singular por sus gigantescas patillas unidas al bigote que adornaban su rostro, y seis veces grande de España, una autoridad.

Los invitados, lo mejor de cada casa, alfonsina o carlista, por supuesto, iban ataviados con espectaculares galas que ya se adivinaban en los coches de caja abierta con pescante, cuyo asiento principal, cubierto con media capota, permitía contemplar las ricas telas de la indumentaria de las mujeres; los carruajes desfilaban a ritmo lento, con los faroles encendidos y los cocheros de librea, ataviados según los blasones de la casa a la que servían.

Benito Pérez, que sabía de la gran fiesta que se celebraba en Alcañices y de la que habría de informar a sus lectores, apostado en un árbol cercano al portón principal, contempló meditabundo apearse con gran ceremonia a sus ocupantes algunos minutos antes de la hora señalada, como marcaba el protocolo, dispuestos a codearse entre sus iguales y a comentar sobre haciendas y negocios de gran rendimiento. Ellas pasearían por los salones de los Alcañices los mejores trajes importados desde París; sedas, terciopelos y brocados en sus vestidos de larga cola con polisón interior para realzar la parte trasera de las faldas, lo más elaborado del vestido, con pliegues, lazos, puntillas y encajes; el amplio escote en uve abierta que cubría ligeramente los hombros les permitía lucir con primor los brillantes, zafiros o esmeraldas en torno al cuello. Las más osadas se tapaban solo con envolventes chales de encaje o tul, las frioleras con capelinas de terciopelo. Ellos con frac, sombrero de copa en la mano, junto a la capa; los militares vestían uniformes de gala con la pechera cubierta de condecoraciones.

Resplandecía el gran salón de tapices del palacio donde iba a celebrarse el baile. Brillaban las lunas de los espejos, que repetían una y mil veces las efigies de los cuadros o de los frescos que decoraban el techo, iluminados por un sinfín de velas de las imponentes lámparas de araña y de los candelabros esparcidos por la sala. Todo estaba preparado para disfrutar de la fiesta y, desde luego, departir sobre el tema favorito de los asistentes: los Saboya, y en especial sobre esa reina tan austera que habitaba desde hacía algunas días en unas pocas habitaciones del Palacio Real. Reían con la maldad generada por el rencor, la

vida ociosa y escasa cultura de las damas de antaño: «¡Y se las da de reina!». Ese era el día, el momento, para alumbrar una conspiración femenina contra la nueva reina de España.

La conspiración ya estaba en marcha.

Pepe Osorio era un hombre inmensamente rico que había sido mayordomo mayor del rey Francisco de Asís, mayordomo y caballerizo mayor de Isabel de Borbón, y ayo de Alfonso, el hijo de Isabel II —a quien deseaba ver cuanto antes sentado en el trono de España—, entre otros cargos, porque también había ostentado los honores de presidir la alcaldía de Madrid y de erigirse en gobernador de la ciudad. Era, además, uno de los nobles que financiaba en parte a la familia de Isabel II en el exilio. Aquella noche en su palacio de Madrid citó a los aristócratas que, como él, defendían el regreso a España de los Borbones. No tenía opinión personal muy formada sobre los reyes actuales, y, a pesar de conocer a Amadeo de antaño, no le había dado ni un ápice de confianza. Desde antes de su llegada a España, ya le había declarado la guerra.

Su mujer, la bella y enigmática Sofía Troubetzkoy, también.

Sofía era alta, rubia, exquisita de modales, cosmopolita y culta, era una exuberante princesa rusa resplandeciente en la corte española, y según todos los indicios que adornaban su biografía, hija del zar Nicolás I; el día anterior al gran festejo, mientras andaba ajetreada eligiendo jarrones para las flores frescas que se distribuirían por mesas, consolas, peanas y burós, disponiendo los manteles, vajillas, cubertería y ultimando el menú con que agasajaría a sus invitados, una idea rondaba por su cabeza: el plan pergeñado para humillar a la reina.

Nada había comentado con su marido, pero sí se lo había adelantado un día antes a sus amigas íntimas: Angustias de Arizcún, condesa de Tilly; Cristina de Carvajal, marquesa de Bedmar; Agripina de Mesa y Queralt, condesa de Castellar; y Josefa de Arteaga, marquesa de la Torrecilla; todas ellas y alguna otra —acomodadas en un coqueto saloncito alejado del bullicio de los sirvientes y degustando un café dispuesto en un velador tallado en madera de ébano con incrustaciones de nácar— reflexionaban despreocupadas sobre los cuidados que se aplicaban en la piel.

La condesa de Tilly, cumplidos ya los cuarenta y cinco, apostaba con desparpajo por la Crème-Oriza:

—La fabrican en París, y no solo impide las arrugas, es que destruye las que ya tienes. Asegura mi perfumero que incluso conserva la piel tersa hasta la edad más avanzada. ¡Soy tan fiel a ella…!

—Pues, querida, menos cremas, que las mujeres casadas no han de ser demasiado hermosas —corrigió medio en broma medio en serio la marquesa de la Torrecilla, una de las más influyentes entre la alta nobleza.

Un corrillo de risas invadió la salita.

—Qué antiguas sois las españolas, nuestra belleza es la más sutil de nuestras armas —explicó con desdén, modulando sensualmente la voz, la Troubetzkoy.

—¡Demasiadas tonterías habláis, en vez de pensar en lo importante que es cómo podemos humillar a la reina! —terció de nuevo la marquesa de la Torrecilla.

—Ya hemos empezado —zanjó Sofía—, el día de su llegada ya pudieron ver los reyes y el pueblo entero que no los queremos.

Cristina, la sevillana marquesa de Bedmar, la más joven, no se dio por aludida e insistió:

—Yo solo me doy polvos de candor que son los más sanos, pero no todos los días, ¡mañana me veréis con ellos! Que sepas, Josefa, que pensar en mi belleza no me impide discurrir qué hacer para expulsar del trono a los extranjeros.

—Yo tengo un plan —zanjó Sofía con impaciencia y autoridad.

Y todas se inclinaron hacia delante, hacia el centro del corro, depositando sobre la mesa o en el regazo sus tazas de porcelana de Meissen, auténticas joyas que había heredado la Troubezkoy, y con las que epataba a sus amigas. Sofía llevaba días obsesionada con encontrar la tecla que activase la rebelión de la nobleza contra unos reyes que no reconocían por extranjeros y usurpadores. Esa mañana, ante el espejo, mientras la doncella pasaba con suavidad el cepillo por su cabellera rubia, jugando con su pelo hacia atrás, hacia arriba, hacia los lados, dio a luz una idea brillante.

—Mostraremos nuestro desprecio a la «Cisterna» con algo sencillo pero que dará que hablar —avanzó también en voz queda a sus amigas.

Aún más cerraron el corro esperando escuchar el gran plan que desgranaba lentamente aquella mujer extranjera, con acento también extranjero, que le obligaba a arrastrar las palabras como si fuesen acentuadas en la última sílaba, aunque la «r» se le escapaba y sonaba como «g», a causa de los años vividos en París.

—Hemos de estar unidas y avisar a nuestras amigas y conocidas. A partir de mañana y durante varias tardes seguidas saldremos al paseo del Prado, pero no nos cubriremos con sombrero, vestiremos mantilla de blonda, blanca o negra, una mantilla española que…

—Vamos, Sofía, que nos tienes en ascuas —soltó nerviosa la de Tilly.

Sofía, estratega, inteligente, sabía llevar las situaciones, generar hastío o intriga según su interés, una artista del protocolo y las relaciones humanas, conjugaba con suma maestría su portento físico y sus habilidades oratorias: en francés moderaba con suavidad las palabras, en español sabía sacar jugo a su destreza para jugar con los sonidos.

—Amigas, sujetaremos esa mantilla con un alfiler de la flor de lis. ¿Qué hará la reina? ¿Vestirá también de mantilla y flor de lis?

La escuchaban rígidas, cual estatuas de caliza. La de Torrecilla admitió:

—Me encanta el plan, Sofía, así sabrá esa italiana que nos gustan los Borbones y no los Saboya, porque somos españolas y no queremos reyes extranjeros.

—En la fiesta de mañana por la noche tenemos la oportunidad de comentarlo con todas las señoras que asistan —remató Sofía.

Sofía Troubetzkoy, treinta y tres años espléndidos, con el desparpajo y desenvoltura adquiridos en las cortes de San Petersburgo y París, siempre acostumbrada a moverse entre la alta sociedad europea, había elegido para aquella noche un rico y elaborado diseño de tul, encaje y seda de shantung en azul muy pálido; la rusa se adornaba con un aderezo de diamantes y topacios azules engarzados en platino y formado por tiara, pendientes, broche y un collar del largo justo para exhibir, al mismo tiempo, uno de los escotes más seductores de la aristocracia española de la época.

Las piedras, de gran tamaño y talla esmeralda, refulgían como el shantung de la seda de su vestido que se movía de izquierda a derecha al compás de la armonía de sus pasos y de las notas de las piezas de Beethoven que interpretaba una orquesta de cámara mientras recorría los salones, no solo para dar la bienvenida a sus invitados, sino también en busca de las señoras que, reunidas en pequeños grupos, asintieron primero con sorpresa, luego con exaltación, cuando escucharon de su boca:

—Mañana espero verlas en el paseo con mantilla.

Los invitados se distribuían en pequeños corrillos a lo largo del salón por el que discurrían decenas de servidores portando bandejas de platos volantes fríos antes de servir las viandas más contundentes a base de asados de caza de pelo y pluma, asado de pescado y ensaladas, que degustarían en torno a la larguísima mesa que ocupaba el centro del gran comedor.

Cuando comenzaron a saborear los pasteles con bizcochos, compotas de fruta, confituras, almendras, pasas e higos secos de los postres, no quedaba una sola noble que no conociera la estratagema y no abrazara sus objetivos. Todas se mostraron dispuestas a compartir incluso sus carruajes. El plan debía ser un éxito que zahiriese al rey y a la reina y les anunciase la nula colaboración que les brindaría la rancia aristocracia española.

El día acordado, Sofía se despertó bien entrada la mañana y de un humor excelente. La fiesta había resultado inmejorable y de nuevo había demostrado su capacidad de innovación e influencia. Sabía que esa tarde también su plan sería un triunfo, las damas la seguían. Ya había ocurrido en la Navidad anterior, días antes del asesinato del general Prim, cuando hizo instalar en el palacio de los Alcañices un gran árbol terminado en pico que adornaron con cintas de colores, como había visto hacer en otras cortes europeas; Sofía Troubetzkoy sorprendía a las damas con su gusto por los perros japoneses, los monos o los pájaros exóticos. En pocas horas, estaba segura, comprobaría el éxito de su última hazaña, de su brillante idea para demostrar quién era española y quién no en el suelo patrio.

Dispuso que para el paseo de la tarde enjaezasen los caballos más esbeltos y el flamante carruaje recientemente estrenado y comenzó a vestirse con morosidad, alargando el momento. Eligió un vestido negro y una mantilla clara de encaje de blonda con bordados florales, prendida por un alfiler con la flor de lis. El atuendo resaltaba la hermosura de su cara y de sus cabellos del color de las espigas, que recogía en un elaborado moño que entrecruzaba una y otra vez los tirabuzones; brillantes de gran tamaño colgaban de sus orejas, aportando más luz a un rostro iluminado de por sí, gracias a un estado de ánimo exultante que la convertían en lo que ella ya sabía, una mujer despampanante.

Tan solo la inquietaba la amenaza de lluvia y la persistente ventisca que arrastraba con furor las hojas caídas que revoloteaban por los suelos. Las inclemencias no iban a detenerla, y escoltada por Mercedes, marquesa de Valmediano, recorrió los escasos metros que separaban el palacio del núcleo social del paseo del Prado con el corazón en un puño, llena de una expectación que pronto se truncó en desengaño al comprobar la escasez de carruajes y de damas haciendo gala de españolidad. Algunas vistieron mantilla aquella tarde, pero no dejaron de ser una anécdota. Sofía y su acompañante ni siquiera se apearon del carruaje. Maldiciendo al cielo y las gotas que comenzaban a caer, ordenó regresar a palacio decepcionada pero no vencida. Volvería a intentarlo.

El día siguiente amaneció con un sol esplendoroso y una temperatura primaveral. Sofía pasó la mañana hojeando revistas con las últimas novedades parisinas. Al llegar la hora del paseo, repitió el mismo ceremonial que la tarde anterior y acompañada de nuevo por la marquesa de Valmediano se encaminó a la cita.

Casi en la puerta del palacio de Alcañices, su carruaje se integró en una riada de coches que llevaban el mismo destino. Cuando por fin alcanzaron su objetivo y pusieron pie en tierra, comprobó con gran satisfacción que la llamada era un éxito. Un mar de mantillas aderezaba el paseo del Prado, repleto de señoras de la alta sociedad caminando con parsimonia para mostrar su españolismo monárquico. Sofía, del brazo de la sobrina, pavoneándose de su éxito, inclinando levemente la cabeza tocada con la mantilla, esa tarde oscura, al cruzarse con sus conocidas a modo de saludo y señalaba con el dedo su flor de lis bien vistosa anclada en su vestido verde, en un arrebato de soberbia provocadora.

La reina también había bajado a pasear al Prado, llevaba en brazos al menor de sus hijos; se había fijado en el atuendo que lucían las mujeres, y, aunque la mayoría obviaban el saludo a las ocupantes del carruaje con el emblema real, María Victoria, buscando el cariño que no hallaba, comentó ingenua a la condesa de Almina, María Antonia Ros de Olano, la única dama de honor que aún tenía, una mujer de talante bondadoso y protector, que le hacía recordar, en ocasiones, a su querida *miss* Boshell:

—¿Te has fijado? ¿Es una nueva moda, quizá? Todas las mujeres se cubren con mantilla en vez usar tocado; creo que mañana yo vestiré mantilla, como hacen las mujeres de aquí.

También paseaba por el Prado aquella tarde Benito Pérez, que por entonces andaba de amores con la dueña de una de las más importantes tiendas de tejidos de la capital, a la que acudía la flor y nata de las modistillas madrileñas y en donde, por supuesto, de todo se comentaba.

—Benito, las mujeres de la nobleza preparan un desaire contra la reina.

Se lo había contado Feliciana a la mañana siguiente de la fiesta celebrada en los Alcañices. Y Benito dudó de las palabras de Feli, como la llamaba él en sus encuentros íntimos; la reina era una mujer buena, a qué tanto desplante, se preguntaba al ver el paseo del Prado lleno de simones, fiacres y landós perfectamente aparcados en un lateral del camino, mientras las damas lucían la mantilla, unas prendida con la flor de lis, y otras, las carlistas, seguidoras del duque de Madrid, don Carlos de Borbón, la sujetaban con una margarita, porque ese era el nombre de su esposa, y él, un pretendiente más a ocupar el trono de España.